



TOMO VII.—NÚM. 5.

REVISTA LITERARIA.

AÑO VI.—NÚM. 502.

ANUNCIOS: á precios convencionales  
Número suelto, un real.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.  
Administración, Lepanto 18.  
ORENSE.—JUEVES 5 DE FEBRERO DE 1879.

SUSCRICION: 5 pesetas trimestre  
en toda España.

SUMARIO.

Discurso acerca de la situación del monte Medullo, por José Villaamil y Castro.—Dominico Cimarosa, (traducción del francés) por Emilia Quintero Calé.—Soledades gallegas, (traducción del gallego de Valentín L. Carvajal) por Antonio San Gil.—Ecos de Orense.—Anuncios.

DISCURSO

ACERCA DE LA SITUACIÓN DEL MONTE MEDULLO  
Y SUS  
INCIDENCIAS HISTÓRICAS.

(Continuación.)

Poco tiempo hacia que el gran Augusto cerrara por primera vez el templo de Jano después de haber ganado la batalla de Accio que le diera el imperio del mundo; cuando apesar de sus prudentes intenciones vióse obligado á volverle á abrir para sujetar á

unos pueblos cuya independencia iba haciéndose incómoda sinó peligrosa al absoluto dominio que los Césares pretendían.

¿Quénes eran aquellos valientes que así alcanzaban á desconcertar los planes del hombre cuyo imperio llegaba desde el Atlántico al Eufrates? ¿Quiénes, tan osados que se atrevían á blandir su espada contra el pueblo grande que acababa de fortificarse uniéndose, y de enseñorearse de todo el mundo civilizado con la conquista de Egipto?

Eran unos pueblos guerreros é indomables habitantes en la parte septentrional de España; cuyos escarpados montes y misteriosas selvas guardadores del men-hir y el túmulo habían hasta entonces permanecido impenetrables á los temibles legionarios. Los Cántabros que desafiaban el poder de Roma obligándola á vestir la lorica para empeñarla en una guerra cruda y duradera en que había de titubear la victoria antes de conceder su palma.

En su final es donde tuvieron lugar aquellos hechos que hicieron memorable al monte «Medullo.»

Segun ya hemos indicado, ninguna noticia, ni aun la del nombre, nos ha dejado los

geógrafos antiguos acerca de su situación; y en el relato de los historiadores solo encontramos que Paulo Orosio nos dice, que estaba cercano al Miño: «Minio flumini inminentem.»

Empresa árdua, no titubeamos en decirlo, es tratar siquiera de fijar la región en que el Medulio estaba situado, con tan incierto dato, que por otra parte, lejos de fijar la cuestión, ha venido, ya que no á suscitar, á fomentar una intrincada controversia, sobre el verdadero nacimiento del Miño de los antiguos.

Es cosa harto sabida que se forma principalmente de dos ramas el Sil y el Miño propiamente dicho. Sobre cual de estos dos ríos haya sido el antiguo «Minius» de que nos hablan Plinio y Tolomeo, están divididos los pareceres. El P. Florez, Cornide, el P. Sarmiento y otros con copia de razones dan la preferencia al primero, que tiene en contra entre otros argumentos, el poderoso de la conservación del nombre actual.

Repetimos lo que ya hemos dejado expuesto que ni necesidad ni facultades tenemos para penetrar en tan obscuro laberinto, cuya averiguación además sería inútil á nuestro propósito.

En investigaciones de naturaleza de la que nos ocupa y mas con tan escasas luces, han de entrar imprescindiblemente por mucho las opiniones; adquiriendo no poca autoridad aquella que mas haya logrado prevalecer, aunque la sana crítica no la acepte de todo punto.

Examinaremos pues, todas las que se hayan emitido sobre el punto que nos ocupa, principiando por aquellas mas caprichosas ó apasionadas y que no merezcan, si se quiere, ni aun los honores de la refutación:

D. Hipólito Ozaeta y Galaiztegui en su Cantabria vindicada sitúa al Medulio en los Pirineos, separándole al propio tiempo del Miño, y rompiendo así la única ligadura que aunque debilmente sujetaba su fantasía.

Garibay y D. Gregorio Mayans quieren que sea el Mendurria de Vizcaya, á donde se llevaron el nacimiento del Miño, todo con el excesivo celo de derramar glorias sobre esa provincia.

La Crónica general de España, aproximándose mas á su probable situación le coloca en Mondoñedo, cuyo nombre conceptúa como la corrupción del monte, dice así: «Et tenemos que dicen las Estorias Medulio por el monte que está acerca de Mondoñedo, onde na la Ciudad este nombre.»

Ferreras le sitúa hácia Castro de Rey y Contador de Argote le traslada entre Duero y Miño,

Pero el país en que mas y mejor autorizadas opiniones le han colocado, es el comprendido entre Orense y el Vierzo, y en el que parece se han encontrado mas fundamentos en cuanto la aridez de la materia lo permite.

En las palabras gallegas «Meda, Medela y Médula» se ha querido encontrar una derivación de Medulio. Sabido es á que se llama «meda y médula» en Galicia y por consiguiente que extendido está este nombre por toda la provincia y en general como geográfico. Así es que la omonimia no nos proporciona ninguna prueba ni la podemos dar ningún valor lo mismo que á las etimologías.

Bien pudiera decirse que tan memorable hecho como el acaecido en el monte Medulio divulgándose terroríficamente por todo el país, daría nombre á las actuales «Médulas» y aun «medas y tal vez no faltará quien diga si el nombre «Medulio ó Melelo» era genérico y se daba á todos ó á cierta clase de montes y á elevaciones semejantes. Solo como indicaciones consignamos y podemos consignar esto.

El P. Gerónimo Roman de la Higuera por su parte le habia ya colocado en la Sierra de Ogínez. El P. Florez, Cornide, el P. Sarmiento, Riobóo, Estefanía, Vereca y otros, muchos signiendo, hasta ciegamente, una opinión que creían autorizada, le buscaron en la sierra de San Mamed ó en la de Cabeza de Meda ó indistintamente en una ú otra, tomando siempre al Sil como el verdadero y primitivo Miño.

La redacción del texto de Paulo Orosio que dice: «Præterea ultiores Gallæciæ partes..... Antistius et Firmius legati magnis »gravi busque bellis perdomuerunt. Nan etc, »Medulium montem Minio flumini inminentem, etc.» hizo encontrar un dato que indicaba estar el Medulio en lo último de Galicia; pero segun observa el R. P. Florez, en nuestro concepto con sobrado fundamento lo que P. Orosio quiso decir fué, que primero Antistio y Firmio domaron las últimas partes de Galicia con grandes y graves guerras y luego añade que tambien vencieron á los que se retiraron al monte Medulio sobre el Miño. Esta aclaración al paso que nos deja en mas amplia libertad obscurece su situación disminuyendo los datos y haciendo así doblemente difícil el hallar su colocación.

Un suceso acaecido á mediados del siglo pasado vino á derramar, aparentemente, abundante luz sobre este punto, demostrando al parecer, de una manera incontestable, el sitio mismo en que tuvo lugar la heroica tragedia de los Cántabros. En el año 1772,

se hallaron multitud de inscripciones en las paredes de la casa del cura de S. Andres de Castro, cerca de Orense, las mas de las cuales tienen íntima relacion con el asunto que nos ocupa.

Una de ellas estaba dedicada á Júpiter Medulio y dice así:

L LECINS  
DELVSVS  
IOVI  
MEDVLLIO  
LARICO.

Otra á la conclusion de la guerra de los gallegos por Firmio y Antistio en estos terminos;

DEOR. JUPIT. ET MARTI. ANTISTI  
P. FIRM. FINITO BELL GALLECORUM.

Habia tambien otras en que se citaban los nombres de los legados M. Agripa, P. Carisio, Antistio y Firmio.

Además de estos monumentos litológicos, el P. Sobreyra, en el tomo segundo de su coleccion diplomática, trae una donacion que la Condesa Urraca, viuda del Conde Theudisendo, capitan general de Galicia, hace al abad Athaulpho y á su iglesia de San Andres en la era 753 año 715 de Jesucristo en que dice: «Y mas dono y doto otro mi heredamiento al dito Abad Athaulpho y á su iglesia santo Andre que se dice y nombra Souto »Cabelendo con el monte Medulio que fue »del traidor Vincimelo con sus homes y leiras.»

Desgraciadamente todos estos monumentos son reconocidamente falsos, no titubamos en decirlo; bastando su sola inspeccion para convencerse de ello á primera vista. Renunciamos entrar en un analisis detallado de ellos ya por la mucha extension que forzosamente habria de abrazar, ya por creerle en cierto modo innecesario. Las palabras de las inscripciones por ejemplo, tienen una colocacion nunca usada por los romanos. Y ya que de ellas tratamos, no queremos dejar de consignar una observacion: en una dedicada á la conclusion de la guerra se la llama «guerra gallegorum. Los PP. Sobreyra, Henao y Sarmiento y otros constituyen á los gallegos como principales agentes en esta lucha, á quienes ni Lucio Floro, Dion Casio, ni Paulo Orosio, primeros historiadores que de ella han tratado, los nombran siquiera. Con profundo sentimiento les quita nos este honor que creemos no les pertenece, aun que estamos plenamente convencidos de que tomarian en esta guerra una parte muy activa y no desmerecerian en valor y heroismo á los Astures y á los Cantabros que la dieron su nombre.

Por lo tocante á la donacion citada creemos que cualquier persona por ajena que sea á la diplomática notará á primera vista sus copiosas y estupendas deformidades, de que no podrán desnudarla por mas que quieran achacarse á la traduccion, que no en este concepto, sino como original la puso el P. Sobreyra.

Concluiremos diciendo, que hemos consultado sobre estos monumentos á personas sobradamente competentes, y todas ellas han encontrado en apoyo de su falsedad muchas mas pruebas que nuestra corta inteligencia.

Ya el respetable Fr. Pablo Rodriguez con motivo de otras inscripciones que se hallaron al propio tiempo y en el mismo sitio que las citadas con los nombres de Noé, Japhet, Túbal, Hispan, Athaulpho y otros semejantes, indicó serian obra de un don José Bohan que fué cura de aquel lugar, y que creyó fabricante de la historia del fabuloso obispo de Orense don Servando. Bien puede ser que en esto se entretuvie a el buen abad, mucio mas si así se captaba el aprecio y lucrosa amistad de cierto don Juan Fernandez Bohan que nos da el P. Sotelo como noble caballero y curioso anticuario.

Afucinados por estas falsas pruebas ó encontrando en ellas una corroboracion de su parecer, colocaron el monte Medulio entre el Chao de Amieyro y Orense los ya citados PP. Sotelo, Rodriguez y Sobreyra y el malogrado Padin.

No creemos aventurarnos en decir que tenemos esta opinion como la mas autorizada, á pesar de lo falso de sus mas fuertes fundamentos que de no serlo la harian incontrastable.

Pocas pruebas pueden aducirse cuando son tan escasos los datos. Sin embargo algunas se hallan en este punto para darle siquiera un carácter de probabilidad. Está en primer lugar muy próximo al Miño y en el principio de Galicia ó sea en la parte citerior, para los romanos, que venian de hácia las montañas de Leon, con lo cual nos alejamos de las «ulteriores partes de Galicia» de donde nos separa el dicho de Paulo Orosio de que sujetas ellas, «vinieron» al monte Medulio. No obstante del poco valor de la onomimia, alguno debemos dar al monte Medulas que allí hay, y mucho mas al «Castro» de San Andres y á dos aldeas de los contornos que tienen los nombres de Roma y Legio, que debieron ser fundacion de los legionarios que se quedaron en aquel país á tan dura costa conquistado.

Sentados estos precedentes acerca de la

probable situacion del monte Medulio, y para cumplir con la segunda parte de nuestra tesis, hagamos una ligera reseña de los acontecimientos que en tan famosa guerra y en aquel lugar ocurrieron.

JOSÉ VILLAAMIL Y CASTRO.

(Concluirá.)

---

DOMINICO CIMAROSA.

(Traduccion del francés).

A MI QUERIDA AMIGA

PRÁXEDES CARREIRA.

(Conclusion.)

Una mañana del mes de Febrero, ese mes de invierno en el Norte ese delicioso principio de primavera en Nápoles, el panadero, despues de haber colocado sobre las espaldas de Dominico su carga habitual, lo siguió sin que él se apercibiera. Lo vió entrar en una calle cercana y pararse junto á un muchacho harapiento que le esperaba.

Toma, le dijo vivamente Dominico, he aquí mi desayuno que te doy y el pan que llevarás á las casas que te he indicado. Ha te pagar, y tráeme exactamente el dinero que debes recibir.

El muchacho partió. Dominico se dirigió á otro lado y desapareció bajo el pórtico de una casa grande. El panadero se lanzó tras él.

—¿Quién vive aquí? preguntó á un lazzarone arrinconado junto á la puerta.

—El signor Aprile; el famoso cantante.

En este momento resonaba armoniosamente una voz de mujer.

A esta hora matinal una jóven de distinguido nacimiento abandonaba su elegante «villa» para venir, bajo la inspeccion de su tia, á tomar lecciones del célebre Aprile.

Contando apenas quince años, huérfana, rica, espiritual, graciosa y muy bella, la condesa Carolina estaba rodeada de una multitud de adoradores que alejaba con gracia especial.

Un pariente suyo, ceremonioso y pretencioso, era el único que gozaba el privilegio de pasar todos los dias algunos minutos á su lado. Le ofrecia un ramillete, le besaba respetuosamente la mano, y ella esperaba con

impaciencia su marcha; pues detestaba la sujecion y pretendia abandonarse libremente á su capricho. En su génio vivo, loco y á menudo un poco fantástico, uno de sus mas grandes placeres era jugar con su linda camarista Elisetta, correr en el jardin como una niña, y á veces salir por la noche disfrazada, acompañada de un criado, y vagar á la ventura por las calles, aunque era tan miedosa, que le bastaba oír, aún de lejos, los acentos de una voz áspera ó ruda, para huir asustada.

Su tia, la condesa Fidalma, deseaba que se decidiera á escoger un esposo entre sus numerosos pretendientes; pero no intentaba imponerle su voluntad; no la contrariaba de modo alguno, antes por el contrario, reia de lo que ella llamaba ingeniosas invenciones y originalidades de su querida sobrina, y Carolina, por su parte la queria como amaba á todo lo que no se oponia á su voluntad. Solo su maestro Aprile ejercia sobre ella un verdadero ascendiente.

A esta encantadora jóven era á quien Cimmarosa iba á oír cantar todas las mañanas. Se ponía de rodillas en la meseta de la escalera, con el oído pegado á la puerta, inmóvil y silencioso. Cuando la leccion terminaba, se ocultaba detras de una columna, y veia á la risueña condesa montar en el carruaje, corriendo luego á la esquina de la calle á reunirse con su comisionado, que le entregaba su cesta y su dinero, regresando despues á su casa.

Pero el dia que su amo le siguió, las cosas debian pasar de otro modo. Apenas el pobre Dominico se habia arrodillado en el sitio acostumbrado, cuando el panadero, furioso, se precipitó sobre él y lo tiró contra la puerta, con tal violencia que esta se abrió y Dominico fué á rodar á los pies de Carolina.

Es imposible describir la escena producida por la cólera del panadero. Al verlo en aquel estado el ilustre maestro Aprile, se puso de pié demostrando indignacion; la condesa Fidalma dió un grito de espanto y cayó sobre un sofá; su encantadora sobrina, asustada, miraba con benevolencia al hermoso jóven prosternado delante de ella y en el fondo del cuadro se destacaba la abultada figura del aturdido Gerónimo.

Cimarosa se levantó y habló con entusiasmo de su pasion por la música; dijo que queria ser el criado del Sr. Aprile, si el célebre maestro se dignaba permitirle que asistiese á sus lecciones algunas veces.

Conmovido por esta sencilla y sincera súplica, Aprile ofreció una generosa indemnizacion al panadero, que al fin, se decidió

sin pena, á cederle su jóven aprendiz. En el exceso de su alegría, Cimarosa cogió la mano de Carolina y la besó graciosamente. La condesa Fidalma, que en este momento creyó de su deber poner fin á su desmayo, notó en las mejillas de su sobrina un sonrosado vivo, que nunca hasta entonces había observado.

Algunos dias despues, el excelente Aprile descubrió en el que le pedia tan humildemente servirle de criado, tales disposiciones para la música, que logró lo admitiesen en el conservatorio «della Pietà» y no cesó de ocuparse generosamente de él.

Dominico entró con fortuna en la nueva fase de su existencia, en su verdadera vocacion.

Pronto le citó como el mas estudioso é inteligente de todos sus condiscipulos, é hizo rápidos progresos.

En sus horas de recreo iba á visitar unas veces á su protector Aprile y otras á la bella condesa, y, poco á poco, fué á pasar todas las noches en la alegre «villa» que ella habitaba. Se hallaba entonces de sus estudios, de sus ensayos y de su maestro Sacchini, al que profesaba un gran respeto. Ella le interrogaba con bondad y le escuchaba con atencion.

A menudo lo recibia bajo el verde follaje de una glorieta. Allí estaba sentada entre ramas de viña con un vestido de seda claro, un velo blanco en la cabeza, flores en sus cabellos y en su seno, graciosa y bella como un ángel.

A los ojos de Dominico tenia las cualidades sobrenaturales de una hada. Hubiera querido permanecer de rodillas en adoracion delante de ella, y todos los dias volvía con alegría á su lado y le besaba las manos con ardor, y ella, en aquellas horas de la noche, poco antes tan burlona, tan bromista, tan indiferente, ¿qué emocion experimentaba? ¡Ah! ella se sonrojaba al verle venir y temblaba cuando se iba. El libro del amor estaba abierto para entrambos. Recorrian y estudiaban juntos las primeras páginas sin ir mas allá. Ningun deseo impuro turbaba la inocencia de su alma. Ninguna declaracion ardiente se escapaba de sus labios en sus dulces conversaciones. Al despedirse por la noche pensaban volverse á ver al dia siguiente. Esta era su esperanza y su felicidad.

Dos años trascurrieron así, una mañana, despues de dar la leccion acostumbrada á su hermosa discípula, Aprile le dijo: Ayer he oido hablar de Cimarosa en tan buenos términos que me han llenado de satisfaccion. Sacchini dijo que lo creia destinado á adqui-

rir un nombre glorioso, con tal que tuviese una pasion desdichada, una desesperacion de amor. Sus facultades se desarrollarian por esta causa mas prontamente, y su pensamiento se elevaria cada vez mas, pues el génio del artista acrece y se engrandece en el dolor.

—¡Un amor sin esperanza! murmuró la jóven condesa.

¿Por que nó, al contrario, un amor afortunado?

—Por que la dicha enerva á los hombres.

—¡Un amor sin esperanza! repitió Carolina pensativa y con la cabeza baja.... La muerte de la persona amada!...

—No, eso seria demasiado trájico. Pero ei su matrimonio.—

Por la noche en la glorieta, Carolina se hallaba singularmente preocupada y agitada, Dominico con su afectuoso abandono, le hacia sus confidencias acostumbrada. Pero ella lo miraba distraida y no le escuchaba. De repente el jóven exclamó con tono lastimero. «¡Ah! observo que os soy enojoso» Entonces ella le cogió las manos y le dijo sonrojándose: «Respondedme una palabra solo en nombre de nuestro honor, en nombre de lo mas sagrado. ¿Me amais?»

Dominico la cogió en sus brazos y la estrechó contra su corazon, con un transporte de inefable alegría.

Esta fué su respuesta.

Pero antes que el pudiese tocar con sus labios los labios angelicales de Carolina, ésta se habia desasido de este ardiente abrazo y habia desaparecido.

Un momento despues vió aparecer á Elisetta, la camarista, que le dijo que su ama no le volveria á ver hasta dentro de tres dias entregandole un billete concebido en estos términos: «Me habeis revelado vuestro pensamiento. Conservaré siempre este grato recuerdo, y, no obstante, os causaré pena. Pero perdonadme y creed que os ama,

Carolina.»

A los tres dias Dominico volvió á la villa con un siniestro presentimiento. En el jardín ordinariamente desierto y silencioso, se oian resonar voces de hombres, estallar alegres risotadas, vibrar los sonidos de una orquesta y pudo ver al mismo tiempo que una multitud de lámparas de alabastro y guirnaldas de vasos de colores, iluminaban profusamente sus calles.

Dominico, sorprendido de este aparato y estos rumores tan inusitados, sintió acrecer su angustia y se adelantó temblando hácia el bosquecillo por el cual se llegaba á la

glorieta. Solo este bosquecillo no estaba iluminado.

En el momento en que él entraba allí, dos brazos delicados lo enlazaron, y una voz que le era muy conocida, una voz doliente, le dijo: «El amor afortunado enerva el corazón del hombre. Tu me debes ser débil; debes ser fuerte y llegar á ser célebre. Te faltaba un dolor profundo, y este debo yo causártelo. Hace una hora no me pertenezco puesto que he dado mi mano á un hombre.»

Al terminar estas palabras, sintió Dominico un beso virginal en su frente y dos lágrimas abrasadoras que corrían por sus mejillas.

Después se encontró solo.

Carolina volvió á entrar en la sala con su corona de azahar y allí la esperaba un hombre. Este era el pretencioso conde, que á su pesar la había antes galanteado tan asiduamente y que era ahora su esposo.

Al día siguiente Cimarosa abandonó á Nápoles, siguiendo los consejos de su excelente profesor Sacehini, á quien había confiado el secreto de su amor, se dirigió al conservatorio de Loreto. Para olvidar su infortunio se dedicó al trabajo con nuevo aror, y justificó por el entusiasmo de su espíritu, las previsiones de Aprile.

Bien pronto llamó la atención de maestros y amantes de la música, por su primera ópera «Il sacrificio di Abramo» Poco tiempo después compuso con un éxito igual, «Olimpia, Il Pittore di Parigi, La Italiana in Sondro,» que entusiasmó la Italia, y fue representada en varios teatros de Alemania.

Después fue á Florencia donde le habían ofrecido una honrosa colocación. Poco á poco la llaga de su corazón se cerraba. Adormeció sus sufrimientos con sus melodías. Querían tenerlo en Rusia, y se ensayó retenerlo allí; pero el clima del Norte le era insupportable. Volvió á Florencia, y allí supo la muerte súbita de su amadísima Carolina. La habían encontrado muerta de un aneurisma, en la glorieta donde ella había pasado tan dichosas veladas.

Todavía la vispera estaba en el teatro asistiendo á la primera representación de una nueva ópera de Cimarosa «L'amor constante.»

Fue tanto el dolor que sintió al saber este fatal acontecimiento, que inmediatamente dejó la Italia, dirigiéndose á Viena, donde estaba llamado por el Emperador Leopoldo. Gozaba entonces de un gran renombre entre los músicos de Alemania, le admiraban sus producciones casi tanto como las de Mozart. Se decía que tenía tal abundancia de ideas, que en uno solo de sus finales se encontraba

argumento para toda una ópera. La mejor es: El matrimonio secreto, donde él ha reunido tantos recuerdos de su juventud.

Después de haber referido su historia á aquel hombre desconocido que le había atestiguado una amistad tan viva, Cimarosa le dijo:

«He aquí los principales sucesos de mi vida. Os he contado de ella lo que no he referido á nadie. Desde que estoy en Viena tengo un deseo que no puedo realizar. Yo querría ver á Mozart, al gran Mozart. Varias veces he ido á llamar á la puerta de su modesta vivienda, y siempre inútilmente. Me dicen que está enfermo. Pero no tendré reposo hasta que lo vea. Entre él y yo existe una especie de parentesco del que estoy orgulloso. El es impulsado por las alas de un ángel, yo por las de un pájaro; pero ámbos tendemos á un mismo fin.»

Sin decir una palabra, el desconocido tendió la mano al italiano y le miró.

En esta mirada había tal expresión, que Cimarosa exclamó:

—¿Quién sois, pues? solo con ver vuestros ojos me siento extasiado.

El hombrecillo del traje gris le respondió «Soy el autor de la música del Don Juan.»

Ocho días después del encuentro de estas dos notabilidades musicales (el 5 de Diciembre de 1791,) las alas de los ángeles transportaron á Mozart á otra esfera. Cimarosa se afligió profundamente por la temprana pérdida de aquel á quien profesaba tan grande admiración.

Algunos años después, habiendo muerto su protector Leopoldo, no pudo resolverse á permanecer más tiempo en Alemania. Volvió á Italia y fue á arrodillarse en Nápoles sobre la tumba de Carolina.

En este momento estallaba la revolución Napolitana. En la turbación, en la agitación, en el dolor de su corazón se arrojó en medio de ella. Fue arrestado y acusado de alta traición.

Su gran renombre lo preservó de la pena capital, y fue condenado á prisión perpetua, á pesar de una multitud de solicitudes, y encerrado en un calabozo.

Seis años han trascurrido. El 1.º de Enero de 1801, se anuncia en Venecia una nueva ópera que debía representarse por la noche en el teatro «La Fenice.» Esta ópera tiene por título: «Sramida.» ¿Quién es el autor? No se sabe; pero palabras misteriosas circulan de un lado á otro, y una multitud entra bajo los arcos del teatro, soldados y agentes de policía se hallan en todas las entradas, y

un gran silencio reina. Se espera algun suceso extraordinario.

De repente se abre una puerta lateral de la orquesta, y Dominico Cimarosa aparece. Un grito de alegría se escapa de todos los labios á la vista del célebre compositor, prisionero hacia ya tanto tiempo. Todos los espectadores lo aloran con entusiasmo, y los que pueden aproximarse á él, procuran estrechar su mano. Está pálido, delgado, débil. Sin embargo, responde con una dulce sonrisa y un gracioso saludo á todos estos testimonios de admiracion y simpatia.

Avanza apoyado en el brazo de un amigo, toma su arco, y dá á los músicos la señal que esperaban. Entonces, como por encanto, parece haber recobrado repentinamente la fuerza de su juventud, su rostro está animado, sus ojos centellean. Su ópera es aplaudida con entusiasmo, pero al final de este esplendido espectáculo, cae desmayado.

Habia solicitado y obtenido del rey, la autorizacion de salir de su prision para dirigir por si mismo una vez mas, la representacion de una de sus obras.

Este fue su último triunfo.

La noche siguiente murió con la sonrisa en los labios y pronunciando el nombre de Carolina.

EMILIA QUINTERO CALÉ.

Lugo, 1878.

## SOLEDADES GALLEGAS.

EL ENAMORADO AUSENTE.

(Traducción del gallego de Valentin L. Carvajal.)

(Conclusion.)

VI.

Una tarde al morir la luz del dia,  
A orillas del rio Tea,  
Nuestras manos uniendo, cual se enlazan  
En los bosques los árboles y hiedras,

Dijome suspirando congojosa:  
«Esta pasión inmensa  
Que por ti siento, Alberto, nunca olvides  
Que tú le has dado el ser, que tú la alientas.

»Noble en sentir, ni dudas, ni zozobras  
En mi alma se albergan;  
En ti confiada estoy, que no se olvida  
Cuando dos almas á entenderse llegan.

»No las hiere el olvido, cuando ámbas,  
Una de otra gemela,  
Sienten goze y dolor cual si una fuese,  
Y de manera igual unidas piensan.

»Con esta confianza, ya bien puedes  
Andar tierras y tierras:  
Feliz ó desgraciado, pobre ó rico,  
Dueño serás del corazón de Eugenia.

»Si algun dia el amor de otras mujeres  
Tu corazón inquieta,  
Recuerda el juramento de la Ermita:  
«Que dios castigue al que perjuro sea.»

»Y callo, que á decirte cuanto siento  
Nó mis labios aciertan,  
Que el lenguaje mundano es pobre siempre  
Para hablar de un amor que el cielo enjón tra.»

VII.

¡Cuanto he llorado, oh Dios! ¡Ay, y que lágrimas  
De honda y amarga pena  
Surcaron mis mejillas, recordando  
Estas ¡ay! de mi amor, palabras tiernas!

¡Cuántas veces de noche, sin consuelo  
Triste, pensando en ella,  
Sufri las infinitas soledades  
Del corazón que vive en cruel ausencia!

¿A que he venido aquí? ¡Hado enemigo!  
La sed de las riquezas  
Me trajo de las playas de Galicia  
A este arenal desierto de la America.

¿Qué fortuna alcancé? Tal como vino  
Hoy gimo en la pobreza,  
Y es mayor mi desgracia, que no tengo  
El consuelo de ver mi amada prenda.

VIII.

En mayo las errantes golondrinas  
Retornan á mi tierra,  
Cúbrese el campo de olorosas flores.  
Naturaleza resucita esplendida.

Se hoye el ruido del trabajo, el eco  
De la gaita en las fiestas,  
Y cantos de placer y de alegría  
Turbarán el silencio de mi aldea.

Aun allí de mi amor la casta virgen  
Me aguarda placentera,  
Aun allí tengo un alma que constante  
Y llena de emociones en mi piensa.

Aun allí tengo un corazón que siente  
 Y que llora mis penas,  
 La mitad de mí ser allí palpita,  
 ¡Cuándo podré vivir al lado de ella!

En esta proscripción muero de angustia,  
 Me ahogan las tristezas,  
 Y las hondas nostálgias que padezco  
 Mas eterna y cruel hacen mi ausencia.

ANTONIO SAN GIL.

Madrid, Enero 1879.

### ECOS DE ORENSE.

Pasado mañana debe reunirse la Excelentísima Diputación provincial y aprovechamos esta circunstancia para emitir una idea que ya hemos iniciado en otra época, y que, como otras muchas que son altamente beneficiosas para el país, ha sido sofocada en su germen.

Es indudable que la producción se encuentra en esta provincia en su primitivo estado, que los contribuyentes apenas pueden soportar los cuantiosos impuestos que se les exigen, y que es general el estancamiento de las fuentes de nuestra riqueza.

Tienen las Exposiciones el privilegio de impulsar saludablemente el fomento de los intereses generales del país, sirviendo á la vez de estímulo para los agricultores é industriales. La celebración de una Exposición agrícola y de ganadería, elementos esenciales de nuestra provincia, sería muy útil y de fecundos resultados en estos tiempos, y los gastos que ocasionaría su realización, apesar de su actual penuria, puede sufragarlos la provincia sin menoscabar sus intereses. ¿Habrá algún Sr. Diputado que se haga eco de nuestra excitación?

Si por fortuna fuese benévolamente acogida esta idea, las sociedades de Recreo de la población orensana, el comercio y la clase trabajadora, secundarian, á no dudarlo, sus generosos esfuerzos, celebrando una Exposición de objetos contruidos por nuestros honrados y laboriosos artesanos, harto desconocidos y olvidados, aun cuando entre ellos se cuentan algunos de indisputable mérito, y dignos por lo tanto de recompensa.

Si deseamos progresar, por esta senda

debemos buscar el progreso; fomentando las artes y la industria y premiando al trabajo.

\* \*

Nuestro estimado compañero en la prensa local haciéndose eco de las excitaciones que hemos dirigido á la Asociación de Señoras de San Vicente de Paul, por la mala calidad de los artículos que entregan á las socorridas por dicha Sociedad benéfica, formula graves cargos contra la misma, los cuales apesar de su gravedad aun no han sido desmentidos, lo que nos prueba á las claras el fundamento de las aseveraciones del colega.

\* \*

Para que pueda formarse una idea de la libertad que disfrutaban y del periodo á que han llegado los pregones en esta población, transcribimos las frases que á voz en grito pronunciaba uno en estos últimos días, y una á continuación de otra, sin duda para que el «contraste» fuese de mas efecto: «¡Mañana á las ocho hay misa en San Francisco por un devoto de San Antonio!»

«¡Llegó el coche de Vigo con sardinas á real la docena.

No podemos darnos cuenta como se toleran estos abusos, aun cuando nada debia estrañarnos, porque ahí anda por esas calles de Dios el cerdo de San Antonio retozon y rollizo, con la correspondiente campanilla pendiente del cuello, y burlándose de todas cuantas reglas de policía urbana rigen, y sobre todo, de los animales de su raza, cuyos dueños pagan multa por cada escursión que hagan en tanto que este animalito pasea libre y sin obstáculos, y á todas horas por las calles de la población.

Esta será una costumbre, pero creemos que no debia de tolerarse en la capital de una provincia culta.

\* \*

Parece que se trata de construir la plaza de abastos expropiando la manzana de casas contigua y que forma parte de las calles de la Primavera, Bailen, y Hernan-Cortés.

El punto no es muy céntrico dada la marcha de la población que se extiende hácia el Norte; aun derribando el mencionado grupo de casas, no tendrá la debida extensión; los gastos de expropiación serán crecidísimos. ¿No hallan nuestros Concejales otro lugar mas á propósito para la nueva construcción?

Las cosas, ó hacerlas bien, ó no hacerlas.